



Las mujeres



T. C. Boyle

Traducción del inglés a cargo de
Julia Osuna Aguilar



IMPEDIMENTA



Título original: *The Women*

Primera edición en Impedimenta: octubre de 2013

Copyright © T. Coraghessan Boyle, 2009

All rights reserved

Copyright de la traducción © Julia Osuna Aguilar, 2013

Copyright de la ilustración de cubierta © Ana Bustelo, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15578-89-5

Depósito Legal: M-26326-2013

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Karen Kvashey

NOTA DEL AUTOR

La que sigue es una recreación ficcional de determinados acontecimientos de las vidas de Frank Lloyd Wright, de sus tres esposas—Catherine Tobin, Maude Miriam Noel y Olgivanna Lazovich Milannoff— y de su amante Mamah Borthwick Cheney. Si bien se describen hechos reales y personajes históricos, todas las situaciones y diálogos son ficticios, salvo cuando se cita expresamente fragmentos de periódicos de la época. Estoy en deuda con los muchos biógrafos y memoriógrafos de Frank Lloyd Wright, en particular con Meryle Secrest, Brendan Gill, Robert C. Twombly, Finis Farr, Edgar Tafel, Julia Meech, Anthony Alofsin, John Lloyd Wright y Ada Louise Huxtable. Me gustaría asimismo agradecerles su ayuda a Keiran Murphy y a Craig Jacobsen, de Taliesin Preservation S. A., así como a Charles y Minerva Montooth y a Sarah Logue por su amabilidad y por su hospitalidad.

*La vida me puso pronto en la encrucijada de elegir
entre la arrogancia sincera y la modestia hipócrita:
me quedé con la arrogancia.*

FRANK LLOYD WRIGHT

PRIMERA PARTE

OLGIVANNA

PRÓLOGO A LA PRIMERA PARTE

Por aquella época yo no sabía mucho de automóviles —ni ahora, a decir verdad—, pero fue uno el que me llevó hasta Taliesin en el otoño de 1932, a través de un paisaje rural por momentos fortificado de árboles, por momentos enmoquetado de hierba hasta la pared trasera de sus establos, de sus silos y de sus granjas, pasando por pueblos con nombres como Black Earth, Mazomanie o Coon Rock, donde no habían visto nunca una cara japonesa (ni china, para el caso). Una parada para repostar, un bocadillo, una visita al baño, y parecía que hubiese bajado a la Tierra un marciano y se hubiese puesto al volante de un Stutz Bearcat amarillo canario y negro abisal como otro cualquiera (y, a todo esto, ¿qué es un *bearcat*, ese «gato oso»? Me imagino un animal monstruoso salido de la chistera de un publicista, un híbrido que ruge, trisca y escarba por el asfalto, igual que lo hacía el mío, remedando al del anuncio). En aquel día, demasiado caluroso para octubre —y demasiado sereno y despejado, como si el verano se negase a acabar—, la mayoría de las personas con las que me cruzaba se me quedaban mirando hasta que se daban cuenta de su indiscreción y apartaban la mirada como si no hubiesen registrado en sus ojos lo visto, ni tan siquiera una imagen fugaz en la retina; hubo un hombre, sin embargo —y no es mi intención ponerle en evidencia, pues el pobre no daba para más, y por entonces empezaba a acostumbrarme a aquella perplejidad—, que a mi pregunta de dónde

podía comprar una hamburguesa solo pudo responderme abriendo un palmo y medio la boca y exclamando con la mandíbula desencajada: «¡Por los clavos de Cristo! Usted es chino, ¿verdad?».

Que la capota no quisiera subirse tampoco fue de gran ayuda, porque dejaba mi cara expuesta no solo al sol y a una avasalladora metralla de polvo, de plumas de gallina y de estiércol pulverizado, sino también a las miradas de hasta el último de los impasibles habitantes de Wisconsin que se me cruzaba en el camino. Era una auténtica locura la cantidad de baches y surcos que salpicaban el firme, colmados todos de un agua turbia que parecía salir disparada como un géiser cada quince metros. Y los mosquitos: nunca había visto tantos juntos, como si surgieran por generación espontánea y la tierra los esparciera a modo de granos de polen en una profusión de arena o de polvo. Estallaban en vivos goterones de filamentos líquidos contra el parabrisas, hasta que apenas podía verse la carretera al otro lado de la escabechina. A todo esto, había que sumarle los perros pastores, los gansos sueltos, los puercos desorientados y las vacas suicidas que acechaban por doquier, obstáculos que surgían continuamente en mi campo de visión, hasta que empecé a paralizarme ante cada recodo y ante cada cruce del camino. Si no adelanté cien carretas en mi trayecto, no adelanté ninguna. Un millar de sembrados. Árboles hasta perder la cuenta. Me agarré con fuerza al volante y apreté los dientes.

Tres días antes había celebrado a solas mi vigésimo quinto cumpleaños, en el tren nocturno que unía la estación Grand Central de Nueva York con la Union Station de Chicago, acompañado tan solo por una maleta y un telegrama de felicitación de mi padre, así como por mis ejemplares manoseados de la revista *Wendingen* y la *Carpeta Wasmuth*, además de varias mudas que había comprado para intentar no desentonar demasiado en aquel Wisconsin profundo (un par de vaqueros, unas cuantas camisas informales, cosas por el estilo), y que no llegué a sacar de la maleta. En mi cabeza aquella expedición era una empresa de carácter casi ceremonial, que exigía una vestimenta formal y unos modales convencionales, pese a los rigores de la carretera y lo que solo puedo calificar como el «desbarajuste» del mundo rural. Mi pelo, peinado y repeinado hasta la saciedad contra el bufido del viento, era un relamido prodigio de brillantina, un dechado de estudio y composición, y llevaba mi mejor traje, un cuello rígido y una corbata que había comprado para

la ocasión. Aunque no me había decidido a llevar gafas o gorra de conducir, hice una parada estratégica en los almacenes Marshall Field's para comprar unos guantes (de cabritilla gris) y un pañuelo de seda blanca que en mi mente veía aleteando alegremente al viento pero que, cuando no llevaba ni quince kilómetros, se me enrolló y acabó haciéndome una sudorosa llave de judo en la garganta.

Iba muy erguido en mi asiento mientras manejaba el volante con una mano y la enigmática palanca de cambios con la otra, tal y como me había enseñado el solícito y amable vendedor del concesionario de Chicago donde había comprado el coche la noche anterior. Se trataba de un modelo de 1924, usado pero «muy deportivo», me aseguró, y «en unas condiciones de miedo, un ejemplar de primera, se lo aseguro»; lo pagué con un cheque de la cuenta que mi padre me había abierto cuatro años antes, tras mi desembarco en San Francisco (y en la que, con gran generosidad e indulgencia, seguía ingresándome dinero sin falta el primero de cada mes).

Tengo que reconocer que me gustaba el aspecto que tenía aquel coche, sobre todo cuando estaba parado, ese aire como de movimiento suspendido, de potencia latente en la recámara, aunque me preguntaba qué diría mi padre al respecto si me viera. No cabía duda de que evocaba mujeres descocadas y universitarios con abrigos de piel de mapache —o peor aún, ¡gánsteres!—, pero el resto de coches parecían de lo más vulgares a su lado, casi mortuorios; vi un Durant blanco al que solo le faltaba colocarle el letrero de una funeraria y, alrededor, una docena de Fords más insulsos que el agua de fregar, con esa pintura desvaída a la que Henry Ford había denominado «negro japonés» (aunque no acierto a entender por qué, salvo que estuviese pensando en barras de tinta y *kanjis*). Aunque, en realidad, ¿cómo iban a saber él o sus diseñadores, afincados en los remotos y xenófobos aldeaños de Detroit, lo que era un *kanji*?).

En los guardabarros no parecía haber ningún agujero de bala —al menos hasta donde me alcanzaba la vista—, y el motor escupió y rugió muy satisfactoriamente cuando lo probé en la tienda. Me monté, di un par de vueltas a la manzana con el vendedor haciendo las veces de copiloto, entre indicaciones, advertencias de precaución y alabanzas a mi conducción de novato, y al rato me alejaba ya de la ciudad con aquellos inmensos Fords y Chevrolets viniéndome de cara embalados o pegándoseme detrás

para adelantarme. No les echaba muchas cuentas, ni siquiera cuando sus conductores me insultaban a gritos o me dedicaban gestos obscenos por la ventanilla. No, de eso nada. Andaba demasiado ocupado entre los cambios, el embrague, el freno y el acelerador, elementos que requerían toda mi atención. (En teoría pilotar un coche no era nada complicado, apenas un movimiento reflejo —todo el mundo podía conducir, hasta las mujeres podían—, pero en la práctica aquello era lo más parecido que yo conocía a meterte una y otra vez en unos baños públicos con la calefacción al máximo).

En cuanto al medio rural, lo más cerca que había estado de algo parecido al campo había sido en Harvard. Cuando vivía allí, mi cuarto daba a unos jardines muy cuidados, con arbustos e intensas islas de sombra proyectadas por los mismos robles y olmos que habían cobijado las cabezas de tantas generaciones anteriores a la mía. Nunca en mi vida había estado en una granja, ni siquiera de visita. Compraba la carne y los huevos en el mercado, como todo el mundo. No, yo era lo que se dice un urbanita acérrimo que se había criado en sucesivos pisos del barrio de Akasaka y luego de Washington, donde mi padre había ejercido como agregado cultural de la embajada japonesa durante seis años. A mí lo que me llamaban eran las aceras, las avenidas adoquinadas, las farolas, las tiendas y los restaurantes, donde podías tener la suerte de encontrar un *maitre* francés o incluso un chef familiarizado con la salsa bechamel o con la bearnesa, en vez de con la ubicua *gravy* marrón y el puré de patatas, que es a lo que se supone que tendría que acostumbrarme a partir de entonces. Solía viajar en tren, tranvía y coche de alquiler, como cualquier hijo de vecino, y los únicos animales que veía con cierta frecuencia eran las palomas y los perros... con correa, eso sí.

Y allí estaba, no obstante, bregando con la palanca de cambios y el embrague, que estaba tan duro que casi se me dislocaba la rótula cada vez que desembragaba mientras serpenteaba por veredas perdidas de la mano de Dios, en el Wisconsin más remoto, atravesando un muro cada vez más grueso de polvo y de fragmentos de mosquito, frustrado, furioso y lo que es peor, perdido. Pero no solo perdido: perdido sin remedio. Había pasado ya tres veces, y las que me quedaban, por delante de la misma granja, de la misma carreta desfondada con los radios de las ruedas oxidadas hundidos entre la maleza, de las mismas vacas de cara triangular ru-

miando en el mismo pasto, que me miraban pasmadas desde la nulidad enloquecedora de sus ojos bovinos. Y no tenía ni idea de qué hacer. Sin saber cómo, me había ido sumiendo poco a poco en el trance de la carretera, mis extremidades funcionaban ya en automático, mi cerebro estaba obturado y lo único que hacía era doblar a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda, hasta que el mismo establo de siempre aparecía en el horizonte y volvía a verme pasar de largo en mi lustrosa máquina rugiente, que se había convertido de súbito en mi purgatorio y mi prisión.

En realidad, me hallaba en posesión de un mapa trazado a mano que me había enviado un tal Karl Jensen, secretario de la Comunidad Taliesin, de la que hacía poco me había hecho miembro —fundador—; pero en él aparecía una supuesta carretera que cruzaba un supuesto río que no parecían existir por ningún lado. Iba preguntándome en qué punto me habría perdido, con el gemido persistente del motor induciéndome vibraciones compasivas en la cabeza, cuando, en la que debía de ser la cuarta vez que pasaba, de repente, el escenario cambió; allí estaban el establo, la carreta y las vacas, pero en esa ocasión había algo nuevo en el encuadre: en la cuneta se erguía una mujer robusta con un vestido gris liso y un delantal, acompañada de un perro con manchas y dos niños pequeños. Cuando me acerqué a ellos, empezó a hacer aspavientos como si estuviéramos en medio del mar y se hubiese caído por la borda al abrazo gris de las olas superpuestas. Antes de darme cuenta, estaba tirando con todas mis fuerzas de la palanca de cambios y pisando a fondo el freno hasta que el coche se detuvo con un respingo a seis metros escasos de la mujer, que esperó a que se despejase la polvareda para avanzar por la cuneta con expresión estoica, mientras los niños (que debían de tener siete u ocho años, o al menos rondaban esa franja de edad) bailoteaban. El perro bailoteaba también, pisándoles los talones.

—¡Hola! —me saludó desde lejos con una voz delicada y sin aliento. Y repitió—: ¡Hola!

Cuando la mujer llegó a la altura del coche, los niños sintieron una timidez repentina y se metieron hasta la cintura entre la vegetación de la cuneta, desde donde se dispusieron a observarme con desconfianza. Era consciente de la distancia que nos separaba gracias al asiento rimbombante del Stutz y a la pronunciada curva del guardabarros. La maleza, salpicada acá y allá del color a óxido propio de la estación, atestaba

literalmente la carretera, que en cualquier caso no era más ancha que un camino de carros. Un niño se agachó para coger una brizna de hierba y se la metió entre las paletas. Sin saber muy bien qué decir, me quedé observando su vacua expresión mientras la mujer asimilaba, con unos ojos de claridad gaélica, mi cara, mi ropa y el esplendor de mi coche.

—¿Busca usted algo? —me preguntó, pero prosiguió sin esperar mi respuesta—: Porque ha pasado ya cuatro veces por esta carretera. ¿Es que está perdido... —y en ese punto vaciló al encajar la verdad de lo que habían estado diciéndole sus ojos: que el ocupante del coche era extranjero y, encima, uno muy exótico— o algo?

—Sí —dije intentando sonreír—. Eso parece... creo que he entrado en algo parecido a un bucle. ¿Estoy buscando Taliesin?

Más que afirmarlo, lo pregunté, aunque en ese momento no me percaté de que lo había pronunciado mal, pues nunca había oído nombrar el sitio en voz alta. Creo que debí de decirlo con acento japonés —una «Táliesin» esdrújula en lugar de una más llana y meliflua—, porque la mujer se me quedó mirando muy fijamente con cara de no entender nada. Lo repetí un par de veces, hasta que uno de los niños intervino:

—Creo que está diciendo Taliesin, *má*.

—¿Taliesin? —repetió la mujer, y sus rasgos se contrajeron en torno a la aspereza del nombre propio—. ¿Y por qué quiere ir allí, si puede saberse? —me preguntó subiendo el tono de voz hasta que esta se convirtió en una especie de chillido ahogado. Sin embargo, al tiempo que hacía la pregunta, vi que la respuesta se asentaba en su mirada: fuera cual fuese la asociación que había hecho en su cabeza, no era muy buena.

—Pues es que... tengo una... —El coche tembló y eructó entonces bajo mis posaderas—... una cita.

—¿Con quién, si puede saberse?

Las palabras salieron de mis labios sin saber muy bien ni lo que decía:

—Con Wrieto-san.

Los ojos entornados, la boca retorcida de nuevo, el jadeo del perro, la mirada de los niños, y mosquitos por doquier.

—¿Con quién?

—Con el señor Wright, Lloyd Wright, el arquitecto, el que construyó... —había estudiado la *Carpeta Wasmuth* hasta casi desgastar sus hojas y me sabía de memoria todas las casas que Lloyd Wright había

construido, pero en aquella coyuntura solo fui capaz de pensar en el orgullo de Tokio—: el que construyó el Hotel Imperial.

Nada, no hubo reacción de ningún tipo. Empecé a irritarme. Mi inglés era perfectamente inteligible, y tenía el suficiente dominio incluso para pronunciar sin mucho esfuerzo la consonante doble que tanto costaba articular en el paladar a mis compatriotas.

—El señor Lloyd Wright —repetí poniendo especial énfasis en la *elle*.

Aproveché entonces para observar más atentamente la escena: ¿quién era aquella mujer, aquella campesina con esos dos niños desastrados, aquel pecho desproporcionado y aquella barbilla encapsulada en una sucesión de papadas, semejante a los anillos de un árbol? Y más aún, ¿quién era ella para interrogarme de ese modo? Por entonces yo no lo sabía, pero sospeché que aquella mujer nunca había oído hablar del Hotel Imperial ni de la belleza sobrenatural de su diseño ni de la revolucionaria obra de ingeniería que había permitido a aquel edificio sobrevivir al peor terremoto de la historia de mi país con apenas unos retoques estéticos (y ya puestos, sospeché que tampoco habría oído hablar de Japón, ni de la gran olla a presión que era por entonces el océano que separaba su país del mío). Pero lo de «Lloyd Wright» sí que debió de sonarle, y de hecho explotó como un obús de artillería en las profundidades de sus ojos y apretó la boca hasta que se le cerró como una alcancía.

—No puedo ayudarle, señor —repuso levantando una mano y bajándola de nuevo.

Acto seguido se dio media vuelta y empezó a alejarse por la carretera. Los niños se quedaron un rato más mirándome, digo yo que maravillados por la milagrosa visión del reluciente deportivo amarillo y negro estacionado al borde de la carretera rural con aquel exótico hombre al volante. Y entonces, como impulsados por un resorte, se encogieron de hombros, se levantaron y se fueron correteando detrás de su madre. Yo me quedé allí con los mosquitos, los hierbajos y con el perro, que se restregó con la tierra para quitarse una pulga de la oreja y luego salió trotando a su vez detrás de los muchachos.

Fuera como fuese, por fin logré encontrar el camino a Taliesin, con todo el simbolismo o el augurio, bueno o malo, que aquello pudiera implicar;